

**GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.**

**LA BATALLA DE COVADONGA.**

*Drama en tres actos y en verso, de grande espectáculo,*

ORIGINAL DE

**ENRIQUE ZUMEL.**

*3 actos.—2 actrices.—8 actores.*



**Precio 8 rs.**

**MÁLAGA 1854.**

La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.



**GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.**

---

**LA BATALLA DE COVADONGA.**

**Tragedia en tres actos y en verso, de grande  
espectáculo, original**

DE

**ENRIQUE ZUMEL.**



---

Núm. 6.

---

**Precio 8 rs.**

**OCTUBRE 1854.**

---

Malaga: La Ilustracion Española, calle Nueva, núm. 61.



Aprobada por la Junta de Censura de los Teatros del reino el  
Noviembre de 1853.

---

*Esta comedia es propiedad de D. José Garcia Taboadela; quien llamará ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1835, 8 de Abril de 1839 y 4 de Mayo de 1844, relativas á las propiedades de las obras drámaticas.*

---

Imprenta de D. Francisco Gil de Montes, calle de  
Cintería, núm. 3.

PREPARATION

ARTICLES

1. The first article is...

2. The second article is...

3. The third article is...

4. The fourth article is...

5. The fifth article is...

6. The sixth article is...



PERSONAGES.

ACTORES.

Hormesinda. . . . .	Srta. Gutierrez.
Alvida. . . . .	Srta. Mitre.
Pelayo. . . . .	Sr. Zumel.
Alfonso de Cantabria. . . . .	» Castell.
Veremundo. . . . .	» Barja.
Leandro. . . . .	» Albalat.
Teofredo. . . . .	» Mazo.
Clodovinto . . . . .	» Cabello.
D. Opas. . . . .	» Gonzalez.
Un Moro. . . . .	» Vivancos.

Soldados, Moros y Godos: Hombres mugeres y chicos pueblo.

*El primero y segundo actos pasan en Coradonga: el tercero en Cánicas, hoy Cangas de Onis.*



ACTO PRIMERO.

---

*Anterior de la cueva de Covadonga: al foro, la boca ó entrada en alto, bajada rústica formada por la naturaleza: Un escudo en un lado.*

**Escena I.**

---

Clodovinto, Teofredo y Godos.

TEOFREDO.

Malas nuevas imagino  
que nos traerá Veremundo,  
y un porvenir desdichado  
para nosotros trasluzco:  
metidos en esta cueva  
y tan escasos en número,  
no hay duda, sucumbiremos  
por los alfanges morunos,  
y esta cueva, Clodovinto,  
será al fin nuestro sepulcro.



**CLODOVINTO.** Es cierto, Teofredo, es cierto  
que ya el Eterno dispuso  
que nuestra raza perezca,  
ó sufra el infame yugo:  
mas cual buenos españoles,  
si aquí do estamos ocultos  
nos persigue el africano,  
hacer los esfuerzos últimos.  
debemos, y perecer  
primero sí, que el verdugo,  
no imponga el cautiverio  
que á otros míseros impuso.

**TEOFREDO.** La traicion les ayudó:  
que sinó... todo el influjo  
de Alá, todos sus peones;  
todos sus ginetes juntos,  
no vencieran á los nuestros:  
cobarde no era ninguno!

**CLODOVINTO.** Oh Veremundo, llegad...

## Escena II.

—

*Dichos, y Veremundo.*

**CLODOVINTO.** Decidnos: ¿qué habeis sabido  
de nuestros pobres hermanos?  
logró ya el árabe inicuo  
esterminarlos á todos  
de la cimitarra al filo?

**VEREMUNDO.** ¡Pluguiera al cielo!... Los tristes,  
mas quisieran el suspiro  
postrimero haber lanzado,  
que sufrir lo que han sufrido.  
Cuando por tener noticias  
abandoné yo este sitio,  
tratando de convenceros,  
de que vosotros activos  
y mozos, útiles sois



á la patria en el peligro,  
 mas yo viejo y miserable  
 tan solo de estorbo sirvo,  
 salga veloz á esos campos,  
 me subo por esos riscos.

A la cumbre de la sierra  
 he llegado con ahinco,  
 y he visto á un desventurado  
 que caminaba á este sitio:  
 á él me dirijo, y ví sangre  
 que manchaba sus vestidos:

«¡esos malditos infieles,  
 »todo lo atrepellan,» dijo:  
 »ellos talan y saquean;  
 »y arrebatan los inicuos,  
 »el amor á las mugeres  
 »y la vida á los maridos!  
 »De los ya vencidos godos  
 »maltratan los pobres hijos,  
 »y ya, do quier en España  
 »ejercen su vil dominio».  
 ¡Maldicion!...

RODOVINTO.  
 EREMUNDO.

Pues otra nueva  
 ha llegado á mis oídos:  
 Ya conoceis nobles godos  
 por su grandeza y su brío  
 al generoso Pelayo  
 capitan de D. Rodrigo,  
 que segun malas noticias  
 que no hace mucho tuvimos,  
 pereció en el Guadalete  
 con mi desgraciado hijo.  
 Pues ese dejó una hermana  
 que en Gijon siempre ha vivido,  
 y hoy, en poder de Munuza,  
 que adora sus atractivos,  
 padece la desdichada  
 oponiendo al moro altivo,  
 una heróica resistencia  
 por conservar su honor limpio.

El manda cual soberano,  
y me temo por Dios vivo,  
que la infelice sucumba  
al gobernador maldito.  
Prisionera en su palacio  
la tiene: y aquel inicuo;  
aquel Andalla malvado  
á quien detesta Alá mismo,  
atiza mas los furores  
de tan soberbio enemigo.

TEOFREDO. ¡Y no poder defenderla!...

CLODOVINTO. Si los que estamos reunidos  
pudiésemos...

VEREMUNDO. Imposible!...

¿Cómo al número excesivo  
de moros que le defienden  
oponer hoy vuestro brio?

### Escena III.

*Dichos, Alfonso y Godos.*

ALFONSO. Un sentimiento profundo,  
una rabia; un frenesí,  
nos hace venir aquí  
á buscaros, Veremundo.  
A Hormesinda desgraciada,  
la quieren sacrificar:  
la quiere el moro arrastrar...  
ella está desesperada!  
Su esposa quiere que sea;  
y al mirar que á su pasion  
no rinde su corazon,  
rabia de furor; vocea!  
Y amenaza de tal suerte  
á la mísera cuitada,  
que piensa la desgraciada  
que está cercana su muerte.

Si no se llega á rendir,  
 porque no sea su destino,  
 no hay duda, que el asesino  
 la hará sin piedad morir.

Y así, en el nombre del cielo,  
 vuestro socorro imploramos:  
 venid conmigo!... Corramos  
 á ofrecerla algun consuelo.

Castiguemos el desman:  
 volemos á consolarla!

¡Procuremos libertarla  
 del poder del musulman!

VEREMUNDO. ¿Y qué esperas de ese arrojó?  
 que perezcan tus hermanos,  
 estos míseros cristianos  
 ciegos de rabia y enojo.

Que este pequeño pilar  
 del templo que se arruina  
 y que ya, tambien se inclina,  
 se acabe de desplomar!

¿De qué servirá el valor  
 en lucha tan desigual?....

Podeis al moro hacer mal,  
 si en fuerza es tan superior?

Y aunque de vencer prescinda:  
 ¿pensais que en esta ocasion,

al perecer en Gijon  
 podeis salvar á Hormesinda?

ALONSO. No podremos, Veremundo!...  
 mas si llega á sucumbir

despues de tanto sufrir...  
 ¿para qué quedó en el mundo?

VEREMUNDO. Si no puedes libertarla  
 del poder de ese tirano,

si sucumbe al inhumano,  
 quedarás... para vengarla!

ALONSO. Para vengarla!... Eso sí!...  
 si atropella su decoro,

la cabeza de ese Moro  
 cortaré en mi frenesí!



**CLODOVINTO.** Alfonso, tan solo amigos  
 en la cueva nós hallamos,  
 y de vivir nos cansamos  
 huyendo á los enemigos.  
 Ansiamos solo morir  
 del vil árabe á la saña,  
 por no mirar á la España  
 cual cautiva sucumbir.

Dános la señal que sea!  
 Porque á morir prevenidos,  
 nos verás muy decididos  
 lanzarnos á la pelea!...

**VEREMUNDO.** Presumo direis lo mismo  
 que siendo sin armas, pocos,  
 mancebos, necios y locos,  
 os lanzareis al abismo.

No teneis armas, ni gefe,  
 ni caballos, ni saetas:  
 legiones mandan completas  
 Munuza, Andalla y Jorefe.  
 Caudillos determinados  
 vencieran en esta lucha,  
 porque tienen gente mucha  
 y combaten bien armados.

¡Y que podrian hacer  
 un puñado de frenéticos;  
 hoy solo toca á los Béticos,  
 ó sufrir... ó perecer!

Aguardemos emboscados  
 á que gente decidida  
 se nos una en la partida  
 contra esos pèrros osados;  
 y entonces, sin vacilar,  
 yo anciano, de sangre helada,  
 tomaré al punto una espada  
 y gritaré... á pelear!...

Pero si loco marchais  
 á morir sin reflexion,  
 á esta mísera nacion  
 de esa suerte libertais?...



Si todos sus hijos mueren;  
 ¿quién luego busca su bien?  
 ¿quién le queda entonces?... Quién!  
 Moros que oprimen: que hieren!...  
 Esperad, por vida mía,  
 con ánimo y con teson:  
 esperemos la ocasion:  
 la prudencia es valentia.

*Adovinto se aparta de la escena y sube á la entrada de la cueva.*

**FONSO.**

Es que el corazon estalla  
 y morir oculto aquí!...  
 mas vale lidiando, sí!  
 sucumbir en la batalla.  
 Si morimos encerrados  
 por que nadie se nos una,  
 es nuestra mala fortuna  
 la de cobardes menguados.  
 Quien se esconde y no acomete  
 no deja de sí memoria:  
 ¡mirad si han muerto con gloria  
 los héroes del Guadalet!  
 La misma suerte le cupo  
 al que era de Marte rayo:  
 al generoso Pelayo,  
 que morir lidiando supo.  
 El triste allí sucumbió  
 batiéndose como fuerte;  
 y con él, la adversa suerte  
 el noble Leandro partió.  
 Los dos!... Los dos perecieron:  
 por ellos vertí mi lloro:  
 al filo de alfange moro  
 los míseros sucumbieron.  
 De suerte que me confundo  
 y al escucharte me aflijo,  
 al ver que muerto tu hijo  
 no te exaltas, Veremundo!...  
**VEREMUNDO.** Si doy trégua á mi furor:  
 si aconsejo de tal suerte  
 no es por que olvido su muerte;

es.... por vengarme mejor !  
 ¿No sabes que ir á lidiar  
 con ese monstruo poder,  
 es á la muerte correr  
 y á Leandro no vengar?...  
 ¿Piensas tú que con morir  
 y matar á algun canalla  
 mi ciego furor se acalla?..  
 no se puede asi extinguir !

*(Clodovinto bajando).*

Dos guerreros, hacia aquí  
 con presteza se avecinan ;  
 á paso largo caminan,  
 y son godos segun ví.

ALFONSO.

¿Que son godos ?

VEREMUNDO.

¿ Si serán....

¡ si por dicha falsa fué  
 la nueva fatal !... á fé....

ALFONSO.

Salgamos pronto !

CLODOVINTO.

Aqui estan !

### Escena IV.

—

*Dichos Pelayo y Leandro : este abraza á Veremundo y Pelayo á Alfonso: los Godos los rodean: alegría general.*

LEANDRO.

¡ Padre del alma!... Que por fin os veo!.....

VEREMUNDO.

Hijo del corazon!....

ALFONSO.

Noble Pelayo!....

VEREMUNDO.

¡ No me engaña Dios santo , mi deseo !

ALFONSO.

¡ No pereció por fin, de Marte el rayo !

PELAYO.

No he perecido, no!... lidié cual bueno :

y al recordar los daños ; los horrores  
 causados por el bando sarraceno ,  
 se encienden , se acrecientan mis furores!....

Cuando ví sucumbir la triste España  
 y á sus bravos , sirviendo de juguete  
 de la indomable y arabesca saña



en la batalla atroz del Guadalete,  
 inútil conocí mi sacrificio:  
 á Leandro llamé, partí ligero;  
 ya paso una montaña; un precipicio,  
 hasta poder tomar este sendero:  
 y á cuantos godos por do quiera via,  
 con valientes consejos escitaba  
 del moro á sacudir la tiranía,  
 y en seguida hacia aquí me encaminaba.  
 Pronto á esta cueva llegarán algunos  
 ya armados de una pica, de una espada:  
 no los aterrarán riesgos ningunos  
 por batir esa hueste condenada:  
 pues todos al hablarme me han jurado  
 en esos campos que se ven desiertos,  
 antes que esclavos viles ser del moro  
 lidiar cual libres, y entregarse... muertos!

*fondo.* Y todos los que ves aquí escondidos  
 huyendo de la furia musulmana,  
 estamos á lo mismo decididos.

Y sin duda la Virgen soberana  
 con santa mano vuestros pasos guia,  
 porque infundais valor en estos godos  
 que ansiando sacudir la tiranía,  
 dispuestos á morir se encuentran todos.

*FREDO.* Todos, sí!... moriremos si es preciso!...  
 pocos somos, verdad!... Mas cada uno  
 valemos por cien moros, pues Dios quiso  
 que cobardes aquí no haya ninguno.

*DOVINTO.* El anhelo de guerra nos devora:  
 todos, sin vacilar, combatiremos;  
 el yugo que nos pone gente mora,  
 con heróico teson sacudiremos!

*NDRO.* Y pronto de otros buenos que aun ecsisten  
 el auxilio tendremos; y arrojados,  
 á esos viles que fieros nos embisten,  
 veremos que nos huyen derrotados.

Y aunque armas nos falten, no tememos:  
 el valor vencerá, en esa pelea:  
 y así, sin vacilar, pronto marchemos

á vencer ó morir, amigos!

TODOS.

Sea!...

VEREMUNDO.

Este noble furor que nos devora;  
el fuego que en vosotros veo que crece  
para lidiar contra la raza mora,  
ya mi acabado ser rejuvenece!...  
Tambien por libertad, amigos clamo:  
y al recordar del árabe la saña,  
en santo ardor ya siento que me inflamo  
por vengar la ruina de la España.  
Mas como anciano, de esperiencia mucha,  
con la calma y razon de un pobre viejo,  
antes de entrar en la sangrienta lucha  
quiero daros, amigos, un consejo.  
Pocos somos: sin gefe, sin dinero,  
sin saetas ni picas!... las espadas;  
los palos fuertes y el puñal certero,  
no bastan contra huestes bien armadas.

PELAYO.

Aunque en número y armas desiguales,  
el cielo ayudará á la gente opresa:  
si tuviesen sus fuerzas los leales,  
combatir por igual, no fuera empresa!  
¿Saetas no tenemos? hay guijarros!  
pedazos de pizarra; pedernales;  
duros troncos daránnos los chaparros;  
en la Cueva, tenemos pedregales.  
Si entregado á sus vicios y placeres  
el criminal y misero Rodrigo,  
por manchar el candor de las mugeres,  
del cielo recibió tan gran castigo;  
ahora si un puñado de valientes  
lidiamos con los malos sarracenos  
presentándole erguidas nuestras frentes,  
su favor nos dará, pues somos buenos!

VEREMUNDO.

Un castigo, sin duda, fué del cielo,  
el perder la batalla decisiva.

PELAYO.

Y yo que en ella estuve, desconsuelo  
sufiré al recordarla, mientras viva!...  
Dispuestos á la lid los combalientes  
y en fiera saña cada cual ardiendo,



avanzaron allí los mas valientes  
 que en el polvo despues iban cayendo.  
 Los godes aun sin orden, y apiñados,  
 con heróico teson siguen la lucha  
 y repiten sus golpes redoblados.  
 Del herido, el lamento no se escucha;  
 que tantos y tan bravos caballeros,  
 gritan todos, blasfeman á porfia,  
 y el choque que se daban los aceros  
 desde grande distancia se sentia.  
 Al frente de los bravos campeones  
 que orgullo son del enemigo bando,  
 ostentaba Tarec limpios blasones  
 con guerreros temibles á su mando.  
 Montan corceles árabes fogosos  
 de la tribu Gomer fuertes soldados,  
 y con ellos caminan animosos  
 de Masmudá, guerreros esforzados.  
 Anochece por fin: cesa el combate,  
 sin decidir por nadie la fortuna:  
 descanso dan á lanza y acicate,  
 sin ventaja encontrar en parte alguna.  
 El nuevo sol á combatir los llama,  
 ¡y se traba otra vez la lucha fiera!...  
 el valor del guerrero ya se inflama,  
 y la muerte derrama por do quiera...  
 No desmaya ninguno: nadie cede!  
 un bravo muere aquí... no importa nada!...  
 en su puesto otro bravo le sucede,  
 que combate á la hueste malhadada:  
 ya la suerte, por fin se nos inclina:  
 y las hordas de viles africanos,  
 esa suerte fatal que nos domina,  
 rechazandola van nuestros hermanos!  
 Tarec dice á los suyos decidido...  
 «Cedemos?.. ¡Voto á Alá!.. Pues que esperamos  
 cercados por contrario enfurecido?  
 Alé!... Gualá!... (1) Lidiemos y muramos!...

---

1) Historia de España por Carlos Romey.

y lanzándose en medio de los godos  
 levantaba la horrible cimitarra:  
 al ver su decision, le siguen todos;  
 y él, que delante vá, corta! desgarral  
 ¡Entonces se pasó con villanía  
 Don Opas el traidor, al campo moro:  
 muchedumbres de godos le seguia,  
 causando á nuestra patria luto y lloro!  
 Al ¡pasarse esa gente al enemigo  
 y al ver crecer el arabesco bando,  
 desmayan los soldados de Rodrigo  
 y se van poco á poco dispersando!..  
 los árabes alientan; mas avanzan!..  
 hieren y matan, talan y atropellan:  
 la victoria por fin, fieros alcanzan,  
 y su invasion despues, con sangre sellan:  
 puesta al fin de su parte la fortuna,  
 ya se rompen las lanzas, los broqueles:  
 donde quiera se vé la media luna!  
 blancas banderas y bridones fieles:  
 saetas que se cruzan en el viento,  
 clarines y atambores y gemidos:  
 ya se oye una amenaza, un juramento,  
 ya el lamento mortal de los heridos.  
 Las cabezas rodaban por el suelo  
 sufriendo convulsiones y agonía:  
 los unos, á su Alá piden consuelo,  
 otros, caen exclamando... «Ave-Maria»!..  
 Piernas, brazos y troncos divididos,  
 á los godos dispersos, paso niegan:  
 del Guadalete, entonces aturdidos  
 á la corriente rápida se entregan,  
 ¡mas al mirarlas en el agua á todos,  
 el árabe se arroja y arremete!..  
 ¡con la sangre vertida de los Godos,  
 roja el agua corrió del Guadalete!..  
 VEREMUNDO, ¡Y Dios no ha confundido á los traidores!  
 TEOFREDO. ¡Y esa sangre vengar no deberemos?  
 Huiremos de esos viles opresores?  
 LEANDRO. A la lid con valor nos lanzaremos,



presto mas gente se unirá á nosotros,  
y entonces ayudados por el cielo,  
á pesar de sus armas y sus potros,  
de muertos moros, cubrase el suelo.

AFONSO. Sí, sí!... Se cubrirá!... Furor terrible  
hace temblar mi brazo y mi rodilla:  
vencerme, me parece es imposible  
ya no temo del moro la cuchilla.

RODOVINTO. ¿Y cuándo llegará la ansiada hora?  
¿Cuándo á saciar iremos diligentes  
la horrible sed de sangre, que devora  
aquí mi corazón?

PELAYO. Luego valientes  
á buscar á los moros marcharemos,  
pues me alienta la plácida esperanza,  
de qué pronto lidiando logremos  
la venganza tomar.

ROS. Sí, sí!... venganza!

SEMUNDO. Amigos, escuchad: Pelayo, escucha:  
un gefe es necesario que elijais,  
primero que lanzaros á esa lucha  
do la suerte de España á jugar vais.

ALONSO. Un gefe cual dices se necesita,  
que sea su espada vengadora, rayo  
que esterminé á esa raza tan maldita!  
¿A quién nombráis amigos?...

ROS. A Pelayo!

ALONSO. La eleccion, por quien soy, me satisface:  
el nombrarle yo mismo Rey de godos  
en aqueste momento me complace,  
despues de oír la decision de todos.

PELAYO. Superior á mis fuerzas ese cargo  
le considero yo: si otro pudiera...

ALONSO. Que es superior á tí?... Pues sin embargo,  
ninguno mas que tú lo mereciera.

*Toma el escudo y presentándolo á Pelayo, dice mientras lo suben sobre los demas.*

Este escudo de nobles campeones,  
el solio es que te damos: no podemos  
ofrecerte grandezas y pendones

que Rodrigo perdió, no lo tenemos!

*Pelayo sobre el escudo en una actitud airosa: los godos levantan el escudo y á él por consiguiente á la altura de sus hombros.*

Solo con lid sin fuerzas te brindamos;  
 en nosotros, al punto dicta leyes:  
 entre los bravos que te proclamamos,  
 tan rey de hoy mas serás, como otros reyes.  
 Yo el primero, te juro que sumiso  
 te sabré obedecer, y ciegamente!  
 cuando lidiar me digas que es preciso,  
 me lanzaré á la lucha cual valiente.  
 Sobre este escudo que nos representa  
 la gloria ya pasada de los godos,  
 la mano diestra pongo: tenlo en cuenta,  
 y Rey te juro yo.

*Poniendo la mano sobre el escudo á los pies de Pelayo: los demás lo mismo.*

Todos.

Juramos todos!

PELAYO.

Y el mando acepto, amigos, que me dais,  
 apreciando tan grande confianza:  
 vuestra esperanza en mi depositais,  
 y pronto cumpliré vuestra esperanza,  
 Yo el hijo de Favila, á mi vez juro  
 perseguir á los moros do los vea:  
 no miraré sus armas, ni su muro,  
 sino ireme derecho á la pelea.  
 Quereis la libertad? Pues la tendremos!  
 ¿Mi espada me pedís hiera cual rayo  
 cuando el fiero combate comencemos?  
 Pues cual rayo... herirá!

Todos.

Viva Pelayo!...

*(Lo bajan y dejan á un lado el escudo).*

ALFONSO.

Pues ahora marchó yo; si Leandro quiere  
 acompañarme á empresa que imagino:  
 la astucia para ella se requiere,  
 y al punto de Gijón tomo el camino.

LEANDRO.

Si tú me necesitas vamos luego.

VEREMUNDO.

Prudencia Alfonso!

ALFONSO.

Sé que es necesaria!  
 Yo contendré de mi furor el fuego.



- VEREMUNDO. Que la suerte te puede ser contraria.  
 PELAYO. ¿Qué quieres intentar?  
 ALFONSO. Voy con presteza  
 á ver si con la astucia salvar puedo...  
 VEREMUNDO. Se necesita mucha sutileza.  
 PELAYO. Confuso al escucharos yo me quedo:  
 A quién vas á salvar!... dilo: lo mando.  
 ALFONSO. A Hormesinda, Pelayo, que respira  
 presa siendo del gefe de ese bando:  
 por conseguir su amor, el vil delira...  
 PELAYO. ¡Rayo del cielo!... ¡Mi Hormesinda presa  
 de ese infame!... oh furor!...  
 (*Va á marchar Veremundo deteniéndole*).  
 Detente loco.  
 ALFONSO. ¿A donde vas? ¿No ves que por sorpresa  
 solamente es posible... aguarda un poco.  
 Un medio me ha ocurrido: ten, y espera:  
 mi vida no espondré... si es imposible  
 por la astucia libertarla!...  
 PELAYO. ¡Si lo fuera!  
 contenerme yo así... no me es posible!...  
 ALFONSO. Aquí eres necesario.  
 LEANDRO. Ya te sigo.  
 ALFONSO. Marchémos!...  
 PELAYO. Vamos todos.  
 VEREMUNDO. Es locura.  
 ALFONSO. Entonces, el intento no consigo.  
 A Dios Pelayo! (*Marchándose con Leandro*).  
 VEREMUNDO. A Dios!  
 PELAYO. Oh desventural...

## Escena V.

---

*Dichos menos Alfonso y Leandro.*

- PELAYO. Ellos tienen razon!... Yo me perdiera  
 sin conseguir la empresa que anhelamos.  
 VEREMUNDO. Necesaria es la calma: esos furores

sin fuerzas alcanzar, todos son vanos:  
es preciso pensar y ser astutos,  
en el trance fatal que nos hallamos.

PELAYO.

Pero esta situación!... ¡mi pobre hermana!  
Amigos!... Vuestro Rey me habeis jurado,  
y por vosotros hago el sacrificio  
de no seguir á Alfonso y á Leandro.  
¿Me jurais compañeros, que ninguno  
se dejará vencer?

TODOS.

PELAYO.

Sí, lo juramos!  
Voy á correr al punto las montañas;  
los bosques, y los pueblos inmediatos:  
yo gente reuniré, que aunque no mucha,  
resista á esos infieles sanguinarios.  
La Virgen, sin dudar, nos dará fuerzas,  
pues por su causa santa peleamos:  
y si acaso en la lucha sucumbimos,  
porque el cielo no ayude á nuestros brazos,  
dejemos al morir, de esos infames,  
roja alfombra de sangre sobre el campo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

Vista exterior de la cueva de Covadonga: de frente al espectador y cerca de los bastidores de la derecha la boca ó entrada: á la izquierda del actor, una cascada que corre en el rio Deva que soca el monte por aquel lado, y ocupa una cuarta parte del teatro: corre á todo foro, con distintas bajadas, que vienen á parar á la orilla del rio.

### Escena I.

Pelayo, Veremundo y varios Godos.

Pelayo. Pues ya veis como logramos el reunir en esta cueva doscientos godos valientes

que con sed de sangre alientan,  
y que en varias ocasiones  
demostraron su destreza:  
y ya no pasan los moros  
por esas ásperas breñas  
en corto número: temen  
de los godos la soberbia.

**VEREMUNDO.** Mas con esas escursiones,  
Pelayo, es justo que adviertas  
que haremos que los infieles  
á buscarnos aquí vengan,  
con ejército terrible,  
que no puedan nuestras fuerzas  
resistir.

**PELAYO.** Ya nada temo.

Metidos en esa cueva  
doscientos hombres que somos,  
haremos la resistencia  
y el cielo nos dará aliento  
contra esa raza perversa.  
Un pesar tan solamente  
de continuo me atormenta:  
doce dias hace ya  
que el buen Alfonso partiera  
con Leandro, y hasta ahora,  
no tuvimos mala ó buena  
noticia de sus personas:  
difícil era su empresa,  
y temo que hayan caído  
en poder del que gobierna  
en Gijón: de ese Munuza  
que tiene á Hormesinda presa.

**VEREMUNDO.** Al acordarme, tampoco  
mi espíritu se sosiega;  
pues temo que el hijo mio  
por esa locura muera.  
Emprender los imposibles  
no es valor; nadie lo crea:  
eso tan solo es cegarse,  
y el valiente no se ciega.



PLAYO

Estaba por disponer  
que marche la gente nuestra  
con nosotros á Gijon,  
á ver si por la sorpresa  
podíamos penetrar  
en donde habita esa hiena.

Si acaso por un milagro  
el lance bien nos saliera,  
dueños ya de la ciudad  
se aumentará nuestra fuerza

VEREMUNDO.

Mas nunca salir podrás  
como quieres de esa empresa:  
doce mil moros armados  
dentro de Gijon se encierran:  
nosotros somos doscientos  
y aunque fuese por sorpresa  
nada conseguir podias  
sino la derrota nuestra,  
y que en venganza, á Hormesinda  
sacrificáran.

PLAYO.

¡Oh, mengua!...

¡Si eso á suceder llegára...

¡vil Munuza, tiembla! tiembla!..

Tu sombra siempre sería,  
hasta que una ocasion viera  
de romper tu corazon;  
y con tu sangre perversa,  
lavára desesperado  
infame moro, mi ofensa.

## Escena II.

—  
*Dichos y Clodovinto.*

CLODOVINTO.

Oh Pelayo! Veremundo!  
os traigo felice nueva:  
apostado me encontraba  
en la cumbre de la sierra,

cuando saltando barrancos,  
 un moro veo que se acerca:  
 como os podeis figurar,  
 al verlo tomo carrera:  
 y con la espada en la mano  
 voy á cortar su cabeza,  
 cuando estando ya, del moro,  
 que yo imaginé, muy cerca,  
 se descubre, y es Leandro  
 que aquí disfrazado llega.

VEREMUNDO.

Leandro!..

PELAYO.

Cielos!... ¿Y Alfonso?

CLODOVINTO.

Me dijo que atras se queda:  
 corrí veloz á avisaros,  
 y no pudo mi carrera  
 seguir el jóven Leandro:  
 pues ya cansado... se acerca.

### Escena III.

*Dichos y Leandro con traje de moro.*

VEREMUNDO.

¡Oh Leandro!

LEANDRO.

Padre mio!...

PELAYO.

Alfonso ¿donde se encuentra?

LEANDRO.

Detrás, convertido en moro  
 lo mismo que yo: quisiera  
 que en Gijon, nobles amigos,  
 mirarais la estratagemas...  
 Apenas de aquí salimos  
 meditando nuestra empresa,  
 cuando á muy corta distancia  
 vemos que se nos acercan  
 dos moros; Alfonso y yo  
 nos miramos con sorpresa;  
 y conociendo el intento  
 uno de otro, en la tierra,  
 despues de haber combatido

los cuatro con gran destreza,  
 quedaron los dos infieles;  
 de sus ropas, con gran priesa  
 los desnudamos; y así,  
 vestidos como ellos fueran,  
 nos entramos en Gijon  
 sin que nadie se opusiera:  
 rondamos el gran Palacio  
 de Munuza, cuyas puertas  
 siempre cerradas estaban:  
 ni ventanas, ni troneras,  
 nada vimos, padre mio,  
 por donde hablar con aquella  
 á quien rescatar quisimos  
 de manos de altiva hiena.  
 Mas un dia, por acaso,  
 por escusada cancela  
 salió mi árabe ya anciano:  
 y alfonso con ligereza  
 y algun oro que llevaba  
 compró al viejo, de manera,  
 que él á Hormesinda entregó  
 un pliego con unas letras,  
 que al corriente la pusieron:  
 y por la misma cancela  
 pudo huir, y caminamos  
 veloces por esas breñas  
 para unirnos con vosotros;  
 però estando de aquí cerca,  
 Hormesinda, ya rendida,  
 no pudo como quisiera  
 andar, y por eso tardan.  
 Pero miradlos: ya llegan.

#### Escena IV.

*Dichos, Hormesinda y Alfonso de Cantabria, de moro.*

RAYO. Hormesinda! (*Se abrazan*).

LA BATALLA.



HORMESINDA.

¡Hermano mio!..

¡al fin, mis ojos te ven!.. (*Llorando*).

PELAYO.

¿A qué llorar?...

HORMESINDA.

¡Este bien

me parece un desvario!

PELAYO.

Pero hermana, vuelve en tí.

A tu lado, dí: ¿no estoy?

¿No ves que tu hermano soy  
que siempre te quiere?

HORMESINDA.

Sí!...

Pero muerto te lloré:

y tanto sola he sufrido,

tanto triste he padecido,

que ya sucumbir pensé.

Estaba el corazón muerto;

pero cesa mi agonía,

y lágrimas de alegría

son las lágrimas que vierto.

¡Qué felice situación

después de tanto quebranto!

PELAYO.

Pues cesa, por Dios, tu llanto,

y ensancha tu corazón!

HORMESINDA.

Si no es llanto de pesar:

es que mucho tiempo allí

mis dolores reprimí:

¡déjame, por Dios, llorar!

Llora, que tienes derecho

tus lágrimas á verter:

grande fué tu padecer;

llora aquí sobre mi pecho!

Desahógate, hermana, si!...

mi seno te dá un abrigo;

un fiel hermano, un amigo,

tienes Hormesinda en mí.

HORMESINDA.

Al fin llegué á tu presencia...

aun me parece no es cierto,

después de llorarte muerto

durante tan larga ausencia.

PELAYO.

Si, ya estás en mi presencia,

que Alfonso te libertó:

valiente, astuto, burló  
del infame la violencia,  
ORMESINDA. Ay!... Cuando la carta ví  
que el árabe me entregára,  
al punto la letra clara  
de Alfonso reconocí.

No te puedes figurar,  
Pelayo, cuánta alegría  
tuve al saber aquel día  
me trataban de librar!  
Con súplicas y dinero  
ya pudimos conseguir  
la puerta nos fuese á abrir  
el árabe jardinero.

Por inspirar confianza,  
yo prudente y cautelosa,  
de ser muy luego su esposa  
le dí á Munuza esperanza.

Le dige, que ya rendida  
al amor que demostraba,  
á amarle dispuesta estaba  
y á consagrarle mi vida.

El mi promesa creyó:  
y el dejarme por dos días  
libre de moros espías,  
mi fuga facilitó.

ELAYO. Alfonso, ven á mis brazos ;  
abrázame pronto, oh, si !  
estrechemos mas aquí  
de amistad los dulces lazos.

Tú, del poder arrancaste  
del vil Munuza á mi hermana :  
de aquella afrenta cercana,  
su honor puro libertaste.

Ese arrojó singular,  
dime pues, hermana mia :

¿ como podremos un día  
á Alfonso recompensar ?

ALFONSO. Ya recompensado estoy :

Hormesinda, libre es:

en ello tuve interés:  
lo alcancé, felice soy.

### Escena V.

*Dichos y Teofredo.*

**TEOFREDO.**

Pelayo!... Ahora mismo llega  
á la montaña un espia  
nuestro, y trae el aviso  
de que hácia aquí se encaminan  
veinte mil fuertes soldados (1)  
de la vil raza morisca  
mandados por Alkaman,  
y que nos buscan la pista.

**HORMESINDA.**

Cielos!

**PELAYO.**

Veinte mil?

**TEOFREDO.**

Así lo afirmó el espia.

**PELAYO.**

*(Haciendo un esfuerzo por dominar su inquietud y tranquilizar á los suyos).*

Compañeros! nuestra causa  
es justa: no me intimidan.

**VEREMUNDO.**

Mas considera Pelayo,  
que es mucha gente aguerrida:  
que nosotros somos pocos!...

**PELAYO.**

Teneis miedo!... Dios me asista!...

¿Qué son veinte mil canayas  
de infame raza morisca,  
para doscientos valientes  
á quien Dios protege y guia?...

**HORMESINDA.**

Cuidado ten... ¡oh!... Pelayo!...

**PELAYO.**

No temas nada; Hormesinda,

---

(1) Segun el P. Mariana, Sebastian de Salamanca, el Monje de Silos, el Canónigo Ortiz, Carlos Romey D. Rodrigo de Toledo y otros varios historiadores hacen subir el ejército moro á un número muy exajerado: yo tomo para mi drama la suma mas verosimil, que es la que cita el Album del ejército.



ocúltate en esa cueva.

Ella de muro nos sirva;  
si nuestra suerte es morir,  
verán con que valentia  
en el horrible combate  
vendemos caras las vidas!

Quiera el cielo protegente!

Alfonso, á mi hermana guia:  
y á todos esos valientes  
de la cueva, que en seguida  
salgan aquí: Veremundo,  
cuidareis vos de Hormesinda.

### Escena VI.

Pelayo.

Aquí tranquilo me estaré, esperando  
que venga esa canalla maldecida;  
¡Crecido es el arabesco bando!...  
Mas juro por mi fé, no me intimida:  
que los pocos guerreros que yo mando,  
leones fieros son: sí, por mi vida!...  
Aquí no abrigo yo, temor ni duelo:  
esta es, sin duda, inspiracion del cielo!  
El me inspira: sí, sí!... su causa santa  
entre aquestas montañas defendemos:  
si ahora victoria el arabesco canta,  
nosotros, hoy, al fin la cantaremos;  
si acaso conseguimos gloria tanta,  
si á esa vil muchedumbre aquí vencemos,  
será que á nuestra audacia y valentia,  
ayuda desde el cielo, dá Maria!  
Y sí nos la dará!... dispuesto á todo,  
ya me encuentro, por esa confianza:  
de vencerlos aquí, de cualquier modo,  
hoy se abriga en mi pecho la esperanza:  
al estrago feroz del reino godo,

le daremos furiosos la venganza:  
 Ese ejército moro, á su ruina,  
 al venir á este sitio se encamina!...  
 En la cueva nos busca y acomete,  
 el árabe orgulloso de su gloria:  
 no hallarán en nosotros su juguete,  
 que me enciende de rabia, la memoria  
 de invictos héroes, que en el Guadalete  
 perdieron con su vida la victoria.  
 En ellos vengaré yo en este día,  
 aquella tan feroz carnicería.  
 Si llegase á vencer, según espero,  
 por que Dios nos ayude en la demanda,  
 en cráneos de los moros, de hoy mas, quiero  
 que me sirvan mis godos la vianda.  
 Su sangre ha de teñir ese sendero:  
 ven, moro, para acá!... Ven!... Anda, anda!  
 La cueva que ahí se vé, será tu abismo!  
 Aquí no hay la traicion, sí el heroismo!...

### Escena VII.

Pelayo y Clodovinto, despues Alfonso, Leandro, Teofredo y Godos.

CLODOVINTO. Pelayo!... ha llegado allí  
 de aquella sierra á la loma,  
 un moro, con otro varios:  
 y aquel traidor vill!... Don Opas....

PELAYO. Don Opas!... Pues vive el cielo!...

ALFONSO. Qué es eso?... ¿Qué te alborota?...

PELAYO. Ese Don Opas, villano  
 baldon de la sangre goda,  
 que se acerca con el moro.

CLODOVINTO. Y piden que sin demora,  
 pues que llegar solicitan  
 para embajada que importa,  
 les des, Pelayo, el seguro.

PELAYO. Es mucha la gente mora?

CLODOVINTO. Pocos son: es solamente



una reducida escolta.

PELAYO. *(Después de reflexionar un momento)*

Que llegen!... Al moro dile,

que del seguro á la sombra

llegar puede, porque aquí,

segura está su persona:

que luego, cuando se traben

la lucha, será otra cosa:

pero dile que se acerque

quedándose allí la escolta,

que es noble, quien el seguro

para acercarse le otorga.

*(Vase Clodovinto).*

ALFONSO. ¿Y tendrá ese hombre descaro

para aquí venir ahora

y ponerse ante nosotros?

¡Cómo el cielo le soporta!

¡Un Obispo!... Un religioso!

PELAYO. Eso Alfonso, me sofoca!...

¿Cómo no lanza sus rayos

el cielo?... Cómo no ahoga

á ese hombre criminal?

¿Cómo su ser no destroza?

ALFONSO. Mucho Pelayo me temo,

el no poder esta cólera

reprimir, que aquí en el pecho

el corazón me devora.

PELAYO. Yo contesté... Al moro dile,

que del seguro á la sombra

llegar puede, porque aquí

segura está su persona.

ALFONSO. Es verdad: pero con todo...

quisiera que muerte pronta,

á la tierra libertara

de esa fiera ponzoñosa:

de ese que á su patria vende:

de ese, en fin, que la desdora!



**Escena VIII.**

*Dichos, D. Opas vestido de Moro y un gefe árabe.*

MORO. Alá guarde á Don Pelayo.

PELAYO. Puedes, moro, con presteza,  
pues que vienes encargado  
de hablarme, decir tu arenga.

MORO. Voy á empezar, pues lo quieres;  
tenemos las tropas nuestras  
apartadas de este sitio  
solo á tiro de saeta.

Ejército formidable,  
tocamos, segun mi cuenta,  
un ciento por cada uno  
de vosotros; gente diestra,  
y capaz de conquistar

la mar, el cielo y la tierra!  
Al ver tus pocos soldados  
¿persistes en la defensa?

De esta desastrosa lucha,  
Pelayo, dime; ¿qué esperas?

El querernos resistir  
es temeraria quimera;

pues todos, al fuerte filo  
de las cimitarras nuestras,  
dentro de poco, no hay duda,  
entregareis las cabezas.

Si terco quieres la lucha  
y la lucha se comienza,  
piedad no habrá, te lo juro;  
morir por recurso os queda.

Si el ejemplo de Don Opas  
seguis, y á nuestras banderas  
os unís para triunfar

del mundo, tendreis riquezas,  
poder y prosperidad,  
en vez de muerte y miseria.

PELAYO.

Tú me dices, que tu ejército  
 está de nosotros cerca:  
 que sois ciento para uno  
 de nosotros: gente diestra,  
 y capaz de conquistar,  
 la mar, el cielo y la tierra!

Pues mi gente poca es:  
 pero tiene tal braveza,  
 que tambien conquistaria  
 aunque mucho resistieran,  
 la mar, la tierra y el cielo,  
 y el infierno si quisiera!..

La gente con quien combate,  
 nunca el español la cuenta:  
 la mata, y sobre sus cuerpos  
 despues vencedor pasea.

No cabe alianza en nosotros:  
 queremos tan solo guerra;  
 ardemos en sed de sangre  
 y ansiamos verter la vuestra.

Marcharte puedes: al gefe  
 que te manda, la respuesta  
 que yo te he dado darás:  
 y otra vez aquí no vuelvas,  
 que si paz me propusieres  
 te cortaré la cabeza!

CAS.

Te he estado oyendo, Pelayo,  
 y veo que el valor que ostentas  
 la sublime valentía  
 que en tu corazon se encierra,  
 á pesar mio... sí, á fé!  
 me conmueve, me interesa.

Digna la patria será  
 de tan heróica defensa:  
 pero cuando ya perdida,  
 ninguna esperanza queda,  
 es forzoso desistir  
 del afan de defenderla.

Alkaman compadecido  
 de tu valor y nobleza,

me ha mandado convencerte  
 porque ciego no te pierdas,  
 y pierdas á los valientes  
 que aquí contigo se albergan.

Un porvenir de ventura,  
 Pelayo, te se presenta,  
 si las buenas condiciones  
 que te impondremos aceptas;  
 te convienen, y ademas,  
 aceptarlas es prudencia.  
 Serás gefe de las tropas  
 que todo el mundo respeta  
 y libre de sobresaltos  
 tranquilo siempre vivieras.

Acaso tú me dirás,  
 que intranquila la conciencia  
 no pudieras ecsistir...  
 pero eso es vana quimera!  
 A mas, que salvar la vida  
 cuando en tal riesgo te encuentras,  
 prudencia fuera tan solo:  
 pues querer vivir, no es mengua!

Alfonso *sin poderse reprimir: murmullos de indignacion en todos.*

Infame!... ¿y así te atreves?...

CLODOVINTO. ¡Y hablas tú de esa manera?

PELAYO. Silencio todos, amigos!...

Yo le daré la respuesta!

Tú, moro, sólo te vas  
 adonde Alkaman se queda,  
 y le dices, que á lidiar,  
 mi gente se halla dispuesta,  
 que nunca transigiremos,  
 que cuando quisiere venga.

Vivos, no nos rendiremos;  
 y si nos faltan las fuerzas,  
 darnos la muerte sabremos  
 uno á otro en esa cueva.

MORO. Don Opas vendrá conmigo.

PELAYO. Aquí por ahora se queda; (*Con ironia*).

que hablando los dos... á solas,



puede ser que me convenza!...  
 ¿El seguro no me has dado?..  
 ¡Por eso vas con cabeza!...  
 que si nó, tu cuerpo helado  
 ya flotaría sobre el Deva! (*Vase el moro*).  
 Vosotros, marchad, amigos: (*A los godos*).  
 Tú y Teofredo, estad alerta! (*A Clodovinto*).

### Escena IX.

D. Opas y Pelayo.

Al ver que quieres que yo  
 me encuentre contigo aquí,  
 que tu gente despejó,  
 no comprendo en verdad, nó,  
 lo que pretendes de mí!...  
 Para haberte respondido,  
 te tenia que infamar;  
 á solas lo he preferido,  
 pues miro que al fin has sido  
 un ministro del altar.  
 Me espanto de tu osadía,  
 me asombro de tu valor,  
 al ver que en aqueste dia  
 pretende tu villanía  
 que sea á mi patria traidor.  
 Me espanto, al ver que aterrado  
 no escondas tu ser maldito:  
 al mirarte condenado,  
 venir á instarme al pecado,  
 á aconsejarme el delito.  
 ¿Espanto no dá á tu mente,  
 vívora astuta y sagaz,  
 la sangre de tanta gente?...  
 ¿No pesa sobre tu frente  
 la maldicion celestial?  
 Y mal pesarme pudiera!

Instrumento del castigo,  
 el mismo cielo me hiciera;  
 del castigo que sufriera,  
 por su culpa, Don Rodrigo.  
 Fué el destino el que inclinar  
 pudo allí mi corazón;  
 pasarme, no fué pecar:  
 el cielo quiso lanzar  
 á aquel rey su maldición.

PELAYO.

Calla!... calla desgraciado!  
 ¿Le vendiste á él por ventura?  
 A tu patria le has causado,  
 no al rey que llamas culpado  
 el dolor y la amargura!

¡Un ministro del altar  
 haber hecho tal acción!...

¿Quién te pudo autorizar  
 para á tu Rey castigar,  
 cometiendo esa traición?...

Ofendes á Dios, perjuro!...

aleve, traidor, mal hombre!...

tenerme en vano procuro:

vas á morir, te lo juro,

porque así infamas su nombre!

OPAS.

Acabemos de una vez!...

sufrir aquí mas no quiero

insultos de ese jaez,

pues se ofende mi altivez:

Godo soy, soy caballero.

La traición, ó villanía

como tú llamas aquí

que hice, también la haría

si supiera que existía

otra vez Rodrigo, sí!...

Tu quieres bravo morir,

peleando como bueno:

tú pretendes resistir...

pues déjame ya partir.

PELAYO.

¡Y te marcharás sereno

á unirte á aquella canalla!...

Despues, contra mí vendrás!...

Mi ciego furor estalla,  
y no lo contiene valla!..

¡Pues bien!... De aqui no te vas!...

Mas, Pelayo!... tu fé imploro!...

seguro tengo, señor!...

Seguro mio, lo ignoro:

yo lo he dado, para el moro,  
pero no para el traidor!...

Leandro!... Alfonso, venid!... (*Salen estos y godos*).

á ese hombre, á lo empinado (*Mostrando á D. Opas*).

de la sierra conducid,  
y de allí arrojadle, id!...

que muera ese renegado!... (1). (*Se lo llevan*).

### Escena X.

Pelayo.

Ya empezó mi venganza!... ¿Quién diria  
que el vil que nos vendió en la lucha fiera,  
á mi poder así se entregaría?...

He mandado muy bien. Oh, si!.. que muera!..

El moro cuando sepa su destino,  
furioso contra mí vendrá, no hay duda:

es probable se ponga ya en camino;  
mas la mano de Dios, hoy nos ayuda!...

A convencerme vino el renegado:

la disculpa me dió con aspereza;

su crimen, que ¿lo pague es acertado;

le ha costado la honra y la cabeza!...

1). Solo he hallado dos ó tres historiadores que aseguren que D. Opas estuvo en Covadonga á persuadir á Pelayo para que se pasara al bando árabe; los demás dan este hecho por dudoso esceptuando algunos que lo niegan completamente: pero á mi me ha parecido conveniente tomar este hecho aunque fabuloso para mayor interés del cuadro general.



A mis manos se vino ese perjuro  
sin temer este exceso de mi ira,  
confiando, sin duda, en el seguro:  
no le di para él: Oh, no! mentira!  
Alfonso, con Leandro, aquí caminan:  
le han matado, y dirán... «él lo dispone».  
Hoy cumplen su deber y no asesinan;  
el infame murió... ¡Dios le perdone!...

### Escena XI.

Pelayo, Alfonso, Leandro y Godos.

**ALFONSO.** Llegamos á aquella altura,  
y entre estos godos y yo,  
cogimos á ese Don Opas  
que nos pedia perdon;  
y en breve hacia el precipicio  
el desdichado cayó,  
recibiendo así el castigo  
que su crimen mereció.

*Se oyen las trompas y atabales de los moros: se nota en los de la escena una impresion propia de hombres que ven acercarse un momento solemne: Relámpagos.*

### Escena XII.

Dichos, Clodovinto y Teofredo corriendo.

**CLODOVINTO.** Pelayo!... Ya están ahí!...  
el lance ansiado llegó!...  
esa odiosa muchedumbre  
aquí se acerca veloz!

**PELAYO.** Amigos, nuestro es el día!...  
que nadie abrigue temor:  
si somos pocos, su ayuda

sin duda, dos dará Dios:  
 antes morir, que rendirse!...  
 y si acaso en la ocasion  
 alguno no tiene fuerzas  
 ó le faltára valor, (*Relámpagos*).  
 antes de entregarse al moro  
 que parta mi corazon, (*Truenos que se van acercando*).  
 pues ver que algun compañero  
 desmaya, será dolor  
 insufrible para mí!...

ALONSO.

No será preciso, nó!... (*Relámpago*).  
 todos sabremos morir,  
 por no sufrir la opresion.

PELAYO.

Ya están ahí, mis valientes!...  
 mas para empezar mejor,  
 á la Cueva!... y nuestra causa  
 proteja clemente Dios! (*Trueno*).

### Escena XIII.

Pelayo, Alfonso: Leandro: Clodovinto: Teofredo: Veremundo y godos  
 en la entrada de la cueva: El gefe moro y su ejército, bajan desde  
 la umbra del monte: se verán entre esta tropa las tribus y sus es-  
 tandartes.

PELAYO.

Ya se encerraron, amigos!...  
 á la cueva con valor!... (1).

Acneten los Moros: empieza la lucha á la boca de la cueva: se  
 desloma á poco el monte por la parte del rio, llevándose tras sí  
 parte del ejército moro: confusion entre estos: los que combaten á la

(1). Mariana; Romei; el album del ejército y varios historiadores, citan como  
 hecho este hundimiento de Covadonga: D. Modesto Lafuente si no lo niega, lo  
 admite: sin embargo; yo que respeto mucho su opinion, en punto á historia, me  
 adhero mas á la opinion de todos en general, que á la de uno en particular:  
 cuando Pelayo se encerró en la cueva, se encerraron con él mugeres, niños y  
 animales, y todos tomaron parte en la lucha; pero aquí es preciso ver el buen  
 efecto escénico aunque falte algo de verdad!... Haria mal efecto en el teatro ver  
 á las Señoritas batirse y tirar piedras.

entrada de la cueva, aterrados por la detonacion que causa el hundimiento del monte, se vuelven y desalientan, aprovechando esta inacion é iluminado por la luz de la fé, sale Pelayo de la cueva, haciendo flotar la enseña cristiana, seguido de los suyos: acomete á los moros que empiezan á huir en desórden: gritos: trompas; atabales: relámpagos; truenos; confusion general; cuadro, y Cae el telon.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

*En salon del Palacio de Pelayo en Cánicas: Puerta grande al foro, a la que se vé una capilla: á la izquierda puerta del interior del patio; á la derecha, puerta del exterior. Al alzarse el telon, aparece la puerta del foro abierta y se vé la capilla iluminada: está un sacerdote concluyendo una misa; se oye música religiosa. Pelayo, Alfonso Veremundo, Leandro, Clodovinto, Teofredo; Guerreros godos y pueblo son arrodillados de espalda al espectador: al concluir la misa cesa la música: el sacerdote se retira del altar y todos se levantan.*

### Escena I.

Pelayo, Alfonso, Veremundo, Leandro, Clodovinto, Teofredo, guerreros, pueblo: mugeres y chicos.

PELAYO. Pues ya de nuestra victoria

LA BATALLA.

le dimos gracias al cielo,  
podeis despejar, amigos,  
y cada cual á su puesto.

*Los soldados y el pueblo, van saliendo guiados por Clodovinto, Teofredo, y Leandro, quedando solos en la escena, Pelayo, Veremundo Alfonso.*

**VEREMUNDO.** Nunca pudiera esperarse  
ese triunfo tan completo,  
pues si tal se ha conseguido,  
se le debe al hundimiento  
sin duda, pues mucho mas  
hizo él, que vuestro esfuerzo.

Pelayo de esa victoria  
ya tuvo presentimiento,  
y bien hizo en confiar  
en el auxilio del cielo.  
El monte se desplomó  
de los moros por el peso,  
y en la corriente del Deva,  
casi todos perecieron.

**PELAYO.** Siempre Dios ha de ayudarnos,  
pues su causa defendemos.

**ALFONSO.** Y esta victoria alcanzada  
de los moros tan soberbios,  
aumenta las fuerzas nuestras,  
disminuye las de ellos.

Muchísimos españoles  
de temor y espanto llenos,  
en sus casas, escondidos  
del poder del sarraceno,  
no osaban tomar las armas  
sin duda por desaliento.

Ya se corrió la noticia,  
amigos, del triunfo nuestro;  
ya desechan el temor  
los incautos que temieron,  
y de todas partes vienen  
á unirse con nuestro ejército.

**PELAYO.** Si antes de tener yo fuerzas  
tanto confié en el cielo,



que al número no atendía  
 y esperaba con denuedo  
 la hora de pelear  
 contra ese bando perverso;  
 si de godos arrojados  
 solo contaba doscientos  
 y no temía el poder  
 del maldecido arabesco,  
 ahora que pasan de mil  
 los soldados que yo tengo,  
 valientes y decididos,  
 todos á morir dispuestos,  
 ¿podrán nunca intimidarme?

No!... jamás!... Os lo prometo!

Ví la patria desplomarse  
 por los monstruos del averno,  
 por los inicuos traidores  
 que en la desgracia la hundieron;  
 y ya desde Covadonga,  
 con la proteccion del cielo,  
 sobre mis robustos hombros  
 alzarse otra vez la veo!

REMUNDO.

Para restaurar la patria,  
 elegido del Eterno  
 has sido. En los asturianos  
 se albergaba el desaliento,  
 y solo tu nombre, amigo,  
 les dió constancia y denuedo:

Con las cogidas al moro  
 y las que muchos trageron,  
 tenemos arcos, saetas,  
 y buenas armas tenemos.

Cogimos muchos caballos  
 á los héroes arabescos;  
 y ya, con la proteccion  
 conque nos ayuda el cielo,  
 no hay duda, la libertad  
 de la patria alcanzaremos.

LAYO.

Sí, amigos, ya somos libres:  
 otro porvenir ya veo



para la abatida España:  
ya libre del cautiverio  
me pienso verla, y triunfante  
alzar su pendon escelso.  
Y cuando el moro orgulloso  
nos busque otra vez de nuevo,  
ante nuestras santas cruces  
huirá veloz, sin aliento!  
Al saber nuestras victorias  
se sublevarán los pueblos,  
y los buenos españoles  
imitarán nuestro ejemplo!

### Escena II.

*Dichos, y Hormesinda.*

ALFONSO.

Hormesinda... (*Saludándola*)

PELAYO.

¡Hermana mia!

parece que has descansado.

HORMESINDA.

Es verdad: durmiendo he estado

hasta bien entrado el dia.

En tiempo atras no lograba

disfrutar tranquilo sueño

pues al punto... cruel ensueño

tormento agudo me daba.

La desgracia me prendió

con sus vigorosos lazos;

mas luego me ví en tus brazos,

y mi desgracia cesó.

Despues el combate ví;

y mientras duró... terrible!

explicarte no es posible

lo mucho que padecí.

Mas luego que al fin llegué

con mi hermano vencedor,

yo ví elogiar su valor,

y de orgullo me llené!

Y alegre reflexionaba  
 esenta ya de mis penas,  
 que la sangre de tus venas  
 por mis venas circulaba!.. (Pausa.)

Al punto que sobre el lecho  
 estuve, ya sin enojos,  
 el sueño cerró mis ojos  
 y tranquila me dormí.  
 Imágenes halagüeñas:  
 á una jóven peregrina  
 que por el aire camina,  
 tocando su trompa. vi.

Y en la cinta que flotaba  
 prendida de la cintura  
 de tan bella criatura,  
 que otra igual no se formó,  
 llevaba letras de oro:  
 atenta al mirarlas quedo,  
 y leer en ellas puedo...

»La fama vuela, y soy yo!  
 Entonces, batió sus alas:  
 me dejó con sentimiento,  
 pues rápida por el viento  
 tocando su trompa fué.

En seguida, pardas nubes  
 se fueron á mi acercando:  
 luego fueron aclarando,  
 y blancas las contemplé.

Mas tambien á poco rato  
 las nubes desaparecieron,  
 y al marcharse descubrieron  
 los puros rayos del sol.

Mil angeles con coronas  
 en el aire se cruzaron;  
 y al cruzarse, murmuraron...:  
 «El premio del español!»

Agradable melodía  
 sonó en el espacio luego,  
 y hermoso carro de fuego  
 por leones tirado, vi.

Y al volver luego los ojos  
hacia el carro prontamente,  
un rayo de fuego ardiente  
rodeaba tus sienas, ¡sí!...

Por debajo de las ruedas  
del carro que te llevaba,  
cual culebra, se arrastraba  
el arabesco poder.

Sus armas y sus pendones,  
todo estaba allí humillado:  
sobre el carro y á tu lado  
otro jóven pude ver.

Tu premio con el partias,  
por gallardo y por valiente:  
tambien su tostada frente  
el verde laurel ciñó.

Al miraros yo, gozaba:  
mas luego á la fantasia  
borróse la alegoria,  
y el sueño desapareció.

PELAYO.

Y quien era el jóven, di,  
á quien yo parte le daba  
del premio? *(Con malicia).*

HORMÉSINDA.

*(Turbada).* Cuando soñaba,  
quien era no conocí.

### Escena III.

*Dichos, Clodovinto, y á poco Alvida.*

CLODOVINTO.

Pelayo, vengo á anunciar  
que ahora despavorida,  
la buena y prudente Alvida  
ha acabado de llegar.

HORMÉSINDA.

Mas dime: ¿por qué no viene  
hasta este mismo aposento?  
di que pase en el momento:  
¿Quién á Alvida la detiene?



Ve Clodovinto, y sale Alvida, que corre á abrazar á Hormesinda.

Oh!... Ven á mis brazos, ven!

¡Cuán grato me es verte aquí.

REMUNDO. ¿Con que te libraste?

ALVIDA. Si!

Lo he conseguido tambien.

La noche que la ocasion

que tanto se deseaba

Hormesinda aprovechaba

para salir de Gijon,

no quise partir con ella,

porque para aquel momento

era ya entorpecimiento:

emprender la fuga aquella

entonces no quise yo:

y así, como tuve espacio,

recorrí todo el palacio

despues que ya se marchó.

A una grande galeria

yo mis pasos dirijí,

cuando que llegaba vi

un moro: á escape venia!

En aquella situacion

mi romo ingenio se aguza,

y que buscaba á Munuza

escuché desde un balcon:

Abrieronle en el momento;

á Munuza le avisaron,

y al recien venido entraron

al instante en su aposento.

Media hora pasaria,

cuando vi por los infieles

que montaban sus corceles,

que á marchar se disponian.

Despues, Munuza bajó,

montó su bridon fogoso;

con su gente, presuroso,

y con Andalla marchó.

Mas al punto, recordé

de aquel moro la venida;

que os vio, y la fuga emprendida  
 le vino á avisar; pensé.  
 De estas dudas me sacó  
 un viejo que alli se halla:  
 Alkaman, á la batalla  
 al vil Munuza llamó.  
 Despues, de vuestra victoria  
 la noticia he recibido  
 y aqui veloz he venido  
 á gozar con vuestra gloria.

#### **Escena IV.**

*Dichos, y Teofredo.*

**TEOFREDO.**

Pelayo, ahora mismo llegan  
 españoles que preguntan  
 por tí, pues todos desean  
 alistarse en las columnas,  
 de los bravos que vencieron  
 á la canalla moruna.  
 Se han fugado de los pueblos  
 huyendo al moro sin duda,  
 y ya armados, casi todos,  
 anhelan trabar la lucha.

**PELAYO.**

Ya veis, amigos, ya veis  
 como quiere la fortuna  
 mis fuerzas ir aumentando:  
 ya tendremos la ventura  
 de ver rota por el campo  
 aquella infiel media luna!

#### **Escena V.**

*Dichos, y Clodovinto.*

**CLODOVINTO.** Pelayo! Vengo á avisar

que se ha llegado á saber,  
que cerca de aquí se encuentra  
la gente del bando infiel:  
No es ejército completo,  
y me pienso, que útil es  
batirlos, y dispersarlos.

PLAYO.

Clodovinto, dices bien:  
marchémonos, Veremundo,  
esos cristianos á ver,  
que han llegado á tomar parte  
en la lucha: Vamos pues,  
que de paso pensaremos  
lo que nos conviene hacer.

### Escena VI.

Hormesinda y Alvida.

HORMESINDA. Otra vez van á lidiar  
y ya comienzo á temer.

ALVIDA. Es cierto, que es muy sensible  
á cada momento ver  
marchar al fiero combate  
al amante tierno y fiel,  
y al hermano: esa zosobra,  
es verdad.... será cruel:  
pero luego, cuando vuelvan  
de lidiar y de vencer,  
sus nobles frentes ceñidas  
con el bélico laurel,  
no trocarás ese caso  
por el mas feliz.

HORMESINDA. No á fé.  
Toda la felicidad  
que en el mundo puede haber  
me pienso, que en eso solo  
debe encerrarse.

ALVIDA. A saber.

LA BATALLA.



Otro instante mas dichoso,  
 al par que tú, yo tendré.  
 Por sus gloriosas hazañas  
 tu hermano se encuentra Rey:  
 Alfonso que te idolatra  
 y al cual amas tú tambien,  
 se porta como valiente  
 luchando contra el infiel.  
 Al cabo, llegará el dia  
 en que conformes los tres,  
 en el altar de himeneo  
 ventura Pelayo os dé:  
 y yo al mirarte dichosa,  
 con tu dicha gozaré.

**HORMESINDA.** Es cierto, sí; gozarás,  
 porque eres mi amiga fiel:  
 pero Alfonso aquí se acerca  
 vente Alvida.

**ALVIDA.**

Vamos pues.

### Escena VII.

Alfonso.

Segun indicios volverá á encenderse  
 otra vez contra el moro fiera liza,  
 y la tierra, otra vez, con roja sangre  
 de esos infieles, volverá á ser tinta!  
 Otra vez en el campo los despojos  
 de huestes numerosas y aguerridas  
 se verán; los escudos, los caballos,  
 cimitarras, alfanges y gumias;  
 alquiceles, y lanzas y puñales,  
 arabescas banderas estendidas,  
 y nosotros, triunfantes volveremos  
 otra vez, á los ojos de Hormesinda!  
 ¡Feliz mil veces, si á sus pies consigo  
 las banderas poner de la morisma!

Ella, hace poco, al referir su sueño dirigiendo hacia á mí su dulce vista, dijo á Pelayo, que guerrero bravo con él los premios y el honor partía. Mas este sonriose al escucharlo, y sospecho lo hizo con malicia. Él comprendió la llama que en su pecho igual que en el de Alfonso se encendia, y no la desaprueba... nó!... Sin duda, él dichoso me hará con Hormesinda!

### Escena VIII.

Alfonso y Hormesinda.

HERMESINDA. Solitario Alfonso os veo.

ALFONSO. No tan solo á lo que creo: compañía me hace el amor.

HERMESINDA. Pues amais de tal manera, saber Alfonso quisiera quien inspira vuestro ardor.

ALFONSO. ¿Y eso preguntais, Señora? ¿ignorais, pues, que os adora mi pecho con frenesí?

¿Ignorais vos, que la calma, la delicia de mi alma y el todo sois para mí?

¿No sabeis, hermosa mia, que sois mi bien, mi alegría, mi ventura, mi ilusion?

Que al veros, enagenado os entrego enamorado mi sensible corazon?

¿Y me preguntais, ingrata, quién es, la que me arrebató la calma y tranquilidad, sabiendo que en vos espero, y que solo con vos, quiero

la dicha y felicidad!

**HORMESINDA.** Alfonso, no estrañareis  
 mis palabras, pues que veis  
 que si tal os pregunté,  
 es que os amo como loca;  
 y quise de vuestra boca  
 escuchar lo que escuché.  
 Hace tiempo que vivimos  
 en peligro; que corrimos  
 en pos de dicha y quietud.  
 Y que á fuer de caballero,  
 al combate vais ligero:  
 no templais vuestro laud?  
 Y la cancion amorosa  
 que mi vida hizo dichosa,  
 vuestro labio no cantó?  
 y como por vos deliro,  
 cuando estaba en mi retiro  
 ansiaba escucharla yo.  
 Yo triste vertí mi lloro,  
 cuando ya en poder del moro  
 deshonra y muerte temí:  
 y de estancia tan desierta  
 me pensaba salir muerta,  
 y pura y viva sali!  
 En medio mi desconsuelo,  
 un angel mandóme el cielo  
 que burlara á Belcebú.  
 Y ese ángel, que velaba  
 por la que triste lloraba,  
 ¿Quién pudo ser, sino tú?  
 Tú, á salvarme te arrojaste;  
 tú, luego me libertaste  
 de mi cautiverio atroz:  
 tú, Alfonso, por tus amores,  
 te espusiste á los rigores  
 del moro altivo y feroz.  
 Tu amor puro te impulsaba:  
 el peligro despreciaba  
 tu pecho que amor sentía.



Mi salvador, mi consuelo,  
 eras tú: yo, sin recelo...  
 te entregaba el alma mia!...

ALFONSO. Te escucho, y mi amor se acrece!  
 la dicha casi enloquece,  
 y trastorna mi razon:  
 que al oírte, criatura,  
 ya respira, de ventura  
 henchido mi corazón!  
 Jamás hube yo anhelado,  
 mas que verme de tí amado,  
 tu sonrisa contemplar.

Apenas te he conocido  
 mi sola ambicion ha sido  
 á mi Hormesinda agradar.  
 Cuando miro á los infieles  
 sobre fogosos corceles,  
 me digo... «fuerza es vencer!»  
 y me lanzo al enemigo:

Y alegre si venzo, digo...  
 «mi triunfo podrá ella ver!»  
 Que si acaso alguna gente  
 te dice que fuí valiente,  
 fué por la patria, y por tí!...

Por lograr una mirada  
 de la bella enamorada  
 que adoro con frenesí!

HERMESINDA. ¿Y tal deseo te inspiro?  
 ¿no sabes que yo te miro  
 sin que vengas vencedor?

ALFONSO. Cierto es, Hormesinda hermosa,  
 mas pienso que alguna cosa  
 venciendo, alhago tu amor.

HERMESINDA. Se alhaga, sí!... Ciertamente!  
 El laurel sobre tu frente,  
 me embelesa; Alfonso mio!  
 Cuando el pueblo os victorea,  
 el placer que me recrea  
 me parece un desvario,  
 (Pelayo al fondo escucha).

¿No he dicho ya, que soñando  
 ha poco, estuve mirando  
 que con mi hermano partió,  
 porque su valor le abona,  
 otro jóven, la corona  
 del triunfo, que el pueblo os dió?  
 Pues si aquí ninguno ha habido  
 que bravo cual tú, haya sido,  
 poco tiene que entender.  
 Anoche en mi grato sueño,  
 á tí fué, mi dulce dueño,  
 á quien pude amante ver.

### Escena IX.

*Dichos, y Pelayo.*

PELAYO.

Ya Hormesinda presumia  
 cuando el sueño me contaste,  
 al mirar que te turbaste  
 al oír la pregunta mia,  
 que era Alfonso aquel valiente  
 que á tu mente se ofreciera,  
 con quien yo alegre, partiera  
 la corona de mi frente.  
 Os he podido escuchar:  
 y aunque haya sido indiscreto,  
 por amaros en secreto  
 me debiera yo quejar. (A Alfonso).

¿No inspiro yo confianza  
 para decírmelo?... dí!  
 O no esperabas de mí  
 que cumpliese tu esperanza?

ALFONSO.

Pelayo, escúchame: ausente  
 te encontrabas de Gijón,  
 cuando entró en mi corazón  
 el fuego de amor vehemente.  
 Cuando en la cueva nos vimos,

no estábamos para amores:  
á los peligros mayores  
todos juntos acudimos.

PELAYO.

No convence la disculpa:  
en tal secreto guardar  
Hormesinda pudo errar,  
y en tí tambien hallo culpa.  
Y por mas que seas amigo,  
por verte tan reservado  
estoy contra tí indignado,  
y te preparo un castigo.

Esto Hormesinda te abate?...

El castigo que le doy,  
es tu mano, como hoy  
no sucumba en el combate.

HORMESINDA.

Gracias!... Gracias!....

ALONSO.

Bien Pelayo!

Sí, márchemos á lidiar...  
nadie ha de verme cejar;  
mi espada herirá cual rayo!...  
Por mi patria y por mi amor  
lidiaré con valentía,  
y me lanzaré este dia  
en el peligro mayor.

Y si no muero, despues  
me verán mis campeones,  
traer morunos pendones  
para alfombra de sus pies!...

PELAYO.

Pues bien, Alfonso, á lidiar!...

el moro se acerca aquí;  
ya sus alquiceles ví  
desde el muro: vá á llegar!

Al verlos mis buenos godos,  
no he tenido que ecsortarlos,  
las armas y los caballos  
están disponiendo todos!



**Escena X.**

*Dichos, Teofredo, Clodovinto, Veremundo, Leandro, guerreros.*

**CLODOVINTO.** Ya el árabe nos lanza sus saetas,  
á la lid furibunda nos provoca,  
y los nuestros, defienden desde el muro  
la entrada. (*Se oyen atabales y trompas guerreras*).

**PELAYO.** Bien!... Marchemos sin demora!...

Observando tan solo en las miradas  
de vosotros, la ira que rebosa,  
se conoce que ansiáis la lucha fiera,  
por conseguir la muerte ó la victoria.  
Vamos, pues, á lidiar!...

**TODOS.** Vamos, Pelayo!

**PELAYO.** ¡Ya miro á los infieles en derrota!...  
quien manda unos soldados cual vosotros,  
con certeza camina á la victoria!

(*Se oyen las trompas y atabales de tiempo en tiempo como si el combate fuera muy cerca.*)

**Escena XI.**

*Hormesinda y Alvida.*

**ALVIDA.** ¿Qué ha pasado Hormesinda?.. Esos clarines  
me han asustado, amiga!

**HORMESINDA.** Pues ignoras  
que el moro se acercaba? No lo oíste  
decir á Clodovinto?.... En esta hora  
van á batirse: y mi querido hermano,  
y mi Alfonso adorado, tal vez corran  
en busca de los moros para el triunfo;  
para alcanzar valientes la victoria,  
y alcancen combatiendo á los infieles

el derramar su sangre generosa!  
 ALIDA. En verdad, cara amiga, que este estado,  
 esta duda fatal que te devora,  
 es cruel: pero debe consolarte  
 que así como al lidiar en Covadonga  
 siendo menos, sin armas, sin caballos,  
 vencedores lleváronse la gloria,  
 así verás tambien, en ese encuentro  
 como al moro, valientes, le derrotan,  
 y vuelven otra vez á nuestro lado  
 entre el marcial sonido de las trompas,  
 entre los gritos del alegre pueblo,  
 que á ser libre otra vez por ellos torna!

HERMESINDA. Es cierto, cara Alvida: esa esperanza  
 me alienta solo. ¡Quién fuera animosa  
 con lanza en mano y con bridon fogoso  
 para ayudarles á vencer las tropas  
 de esos viles infieles!... Esos monstruos  
 que se llaman los hijos de Mahoma?

ALIDA. No es menester aun que las mugeres  
 espada empuñen, ni se vistan cota:  
 que á los pocos guerreros de Pelayo,  
 fuerzas, valor y decision les sobra.

## Escena XII.

*Dichas y Veremundo.*

HERMESINDA. Que sabeis del combate Veremundo?

VEREMUNDO. Del combate, Hormesinda, poca cosa:  
 mi caduca vejez, mis muchos años,  
 para empuñar la lanza ya me estorban,  
 de modo, que no puedo á mis hermanos  
 ayudar á batir la gente mora:  
 al verlos caminar á la pelea,  
 como saber del caso tanto importa,  
 á la torre subí, de donde he visto  
 la salida que hiciera nuestra tropa.

Los moros altaneros, esperaban:  
 Pelayo sin temor á ellos se arroja,  
 y el muy valiente Alfonso de Cantabria,  
 á su lado, tambien cabezas corta:  
 la lucha encarnizada está, de suerte  
 que todos se disputan la victoria:  
 no apartaba mi vista del combate;  
 mas los bridones que en la lid retozan,  
 densa nube de polvo levantando,  
 distinguir los objetos nos estorban.

**HORMESINDA.** Y no sabemos nada... ¡Dios eterno!  
 acaso en la batalla asoladora  
 perezca alguno que nos interese.  
 Leandro, Alfonso... Pelayo!... yo estoy loca!  
 Teofredo, Clodovinto: esos valientes  
 restos tan solo de la raza goda,  
 que si no es por su arrojo y valentía  
 la patria vacilante se desploma.

**VEREMUNDO.** Un guerrero se acerca apresurado  
 con un brazo vendado y sin manopla.

**HORMESINDA.** Parece Clodovinto?... Sí, no hay duda!  
 ¡Si será de los moros la victoria!

### Escena XIII.

*Dichos, Clodovinto, herido.*

**HORMESINDA.** Herido vienes, Clodovinto?

**CLODOVINTO.** Ciertó!

Ha sido en este brazo: poca cosa!  
 Por esta herida que me hicieron ellos,  
 van algunos camino de la gloria!

**VEREMUNDO.** ¿Habeis sido vencidos?

**HORMESINDA.** Dilo pronto!

**CLODOVINTO.** No lo podré decir: la gente goda  
 salió del pueblo, y prevenida estaba  
 esperándolos ya, la raza mora;  
 el caso de lidiar, ya lo anunciaban



en el campo los ecos de las trompas:  
 relinchan los fogosos alazanes,  
 y las lanzas despues se miran rotas.  
 El poderoso brazo de Pelayo  
 y el del valiente Alfonso, hieren, cortan!  
 En medio del tropel, dirige Alfonso  
 la vista á un peloton de gente mora,  
 y mira que ondeando se ostentaba  
 sobre ellos el pendon ó banderola:  
 y diciendo á Pelayo... «Lo ofrecido  
 »he de cumplirlo ó bajaré á la fosa,»  
 pica al caballo, y al tropel se lanza:  
 los moros al mirarle se alborotan;  
 Pelayo que le sigue y que le ayuda  
 á los infieles bravo los acosa.  
 Los godos que tal ven, todos al sitio  
 donde Alfonso combate se amontonan:  
 éste encontrarse cara á cara, al cabo,  
 con el que lleva la bandera logra;  
 con una mano le atraviesa el pecho,  
 y coje la bandera con la otra.  
 Ceden algo los nuestros: los infieles  
 en nueva acometida se recobran;  
 recibí en este brazo una lanzada,  
 y no pude seguir la lid furiosa.

VEEMUNDO. ¡Pobre patria de hoy mas, si son vencidos!...

DOMESINDA. ¡Y el cielo á esos leales abandona!

*Se ye música militar hasta la salida de Pelayo: voces de viva el héroe).*

VOCS. Viva Pelayo!

VOCS. Viva!

DOMESINDA: ¡Buen Dios, gracias!...

VOCS. Que viva Alfonso!...

DOOVINTO. ¿Lo escuchais, Señora?

VEEMUNDO. Entre los vivas del alegre pueblo  
 que al verlos vencedores se alborozan,  
 se encaminan aquí nuestros guerreros  
 ostentando el laurel de la victoria!

VOZ. ¡Viva el Rey vencedor! ¡Viva Pelayo!...

**Escena última.**

Hormesinda: Alvida: Veremundo: Clodovinto: Teofredo: Pelayo: Alfonso con una bandera enemiga: Leandro: Godos: *Hombres, mugeres chicos del Pueblo.*

ALFONSO. A vuestras plantas, Hormesinda hermosa, cumpliendo como debo mi promesa, humillada teneis la enseña mora: Munuza os tuvo presa cual esclava; y muy justo será que desde ahora, tengais para venganza de ese ultrage, la bandera moruna por alfombra!

PELAYO. Alfonso: combatiste como bueno, y has ganado la mano de tu esposa.

HORMESINDA. ¡Gracias, hermano!

ALFONSO. Amigo: gracias, gracias!...

ALVIDA. La ventura Hormesinda, al fin se logra!

PELAYO. Un puñado de intrépidos guerreros renovamos las ya pasadas glorias, y el furor y el poder del arabesco hemos deshecho al fin!.. ¡Ya huyen sus hordas!...

La bandera que Alfonso de Cantabria hoy arrebató de esa gente odiosa, de estímulo nos sirva, compañeros!... La union que hemos tenido no se rompa! Siempre lidiemos, cual lidiar supimos! húndase el yugo que á la España agovia! Y cuando allá en los siglos venideros los españoles lean nuestra historia, una página hermosa hallarán siempre recuerdo eterno de tan alta gloria...

**FIN DEL DRAMA.**





Los representantes de esta Galeria, son los Señores que á continuacion se espresan.

---

D. Antonio Cordero. . . . .	<i>Almeria.</i>
D. Juan Muro. . . . .	<i>Algecira.</i>
D. Pablo del Pino y Mora. . . . .	<i>Aguilar de la frontera.</i>
D. José Marcili. . . . .	<i>Alicante.</i>
Sres. Llorens hermanos. . . . .	<i>Barcelona.</i>
D. F. Arjona. . . . .	<i>Cádiz.</i>
D. Antonio Crivell. . . . .	<i>Ceuta.</i>
D. Rafael Arroyo. . . . .	<i>Córdoba.</i>
Sres. Astudillo y Garrido. . . . .	<i>Granada.</i>
D. José Salas. . . . .	<i>Jerez de la frontera.</i>
D. Francisco Delgado. . . . .	<i>Lorca.</i>
D. Manuel Romeral. . . . .	<i>Madrid.</i>
Sres. Delgados hermanos. . . . .	<i>Idem.</i>
D. Fermin Guirao. . . . .	<i>Murcia.</i>
D. José Moreti. . . . .	<i>Ronda.</i>
D. Juan Antonio Fé. . . . .	<i>Sevilla.</i>
D. Eusebio Garcia Ochoa. . . . .	<i>Toledo.</i>
D. Juan Bautista Gimeno. . . . .	<i>Valencia.</i>

---

En los demás puntos del reino cobrará el derecho de representacion, los Sres. representantes de la GALERIA DRAMÁTICA de los Señores Delgado Hermanos.